

Visión desde el Palacio de Bellas Artes 1968

FERNANDO DEL PASO

Antes que otra cosa... voy a hacer un preámbulo que había preparado para un caso de emergencia. Algunas personas me hablaron ayer y hoy para decirme que no podrían asistir a la conferencia, que se disculpaban porque temían que ocurriera algún disturbio cerca de aquí. Yo quiero pensar que muchas otras han faltado por el mismo motivo, o por la lluvia o por las inundaciones o por el temblor y quisiera pedirles a ustedes, o mejor dicho a aquellos de ustedes que han tenido o sufrido el mismo complejo que he sufrido yo, cuando somos espectadores, y nos sentimos un poco culpables en los casos en que hay poco público en una conferencia o en una representación, o cuando el actor, el conferencista o el cómico quedan mal, que no se apenen, que en primer lugar agradezco mucho su presencia, que creo que no podría contar con un público mejor y además me dan tal miedo estas cosas que con el simple hecho de terminar esta conferencia me sentiré muy contento. En seguida voy a dar lectura a lo que he preparado.

Señores y señoras, vine aquí por la fuerza, porque si Chamberlen y Levret no hubieran inventado los fórceps yo estaría aún en el vientre de mi madre y ella en su tumba acostada o, lo que es lo mismo, de pie frente a la eternidad, veintidós años antes de que una embolia le hiciera el flaco servicio de matarla en propios términos. El Instituto Nacional de Bellas Artes me ha pedido que dé una conferencia sobre mi obra y mi vida, mi obra se limita a un cuaderno de sonetos y a una novela que tiene por título *José Trigo*. Algunos de ustedes han leído los versos y la novela, los que no los hayan leído pueden hacerlo y creo que así sabrán mucho más de mi obra que lo que puedan conocer si yo les hablo de ella. Y en lo que se refiere a mi vida, ya he contado lo más importante, nada me ha sucedido más importante que nacer porque aún estoy vivo. Esto no quiere decir, por supuesto, que mi vida no tenga interés para nadie, lo tiene y lo ha tenido para las personas a quienes yo les he sucedido. En honor a esas personas voy a contar algunas cosas. Y entre esas personas incluyo a todos los que me escuchan porque, de hecho, yo soy algo que les está sucediendo a ustedes. Como amigo o compañero, desde hace meses o años, como pariente desde toda la vida y como un señor de bigotes y anteojos que está leyendo una conferencia desde hace unos segundos. Si soy un sucedido agradable o no como una u otra cosa, como amigo, como padre o como lector de conferencias, depende no sólo de mi habilidad

para proporcionarles buenos ratos o buenos párrafos, sino de la bondad de ustedes para perdonarme los malos.

Para comenzar diré que yo le sucedí a mi madre en la forma más esperada, ella quería tener un hijo, lo quiso durante muchos años. Ahora que soy estudiante de medicina, o mejor dicho, cuando lo fui, cuando comencé por primera vez a hojear la *Anatomía Humana*, de Quiroz, y adentrarme en esa geografía extraña de nuestro cuerpo, donde lo mismo hay islotes de Langerhans que verdaderas montañas de la uretra prostática, cuando empecé a saber lo que era el corpúsculo de Malpighi y el hocico de tenca, por referirme a algo. Me imaginé también lo que habrá sufrido mi madre durante las “curaciones”, así las llamaban, para que el cuello de su matriz se dilatara y ella pudiera tener el hijo que no quería y sí quería tener. Lo tuvo al fin, yo soy la prueba palpable, pero lo perdió, y es que yo soy mi hermano menor. A los 15 días de su primer embarazo, mi madre decidió ir a pie a la Villa de Guadalupe para cumplir así una manda y esto fue la causa de un aborto. Habrán pasado quizás otros quince días y se embarazó de nuevo. Había perdido un óvulo fecundado, demasiado pequeño para guardarlo en un frasco de fenol a su vez guardado en un cofre de sándalo, pero no la idea que había formado en su mente de lo que sería su primer hijo. Así que yo fui concebido antes de serlo, y si bien inauguré la matriz de mi madre, no fui el primer hijo que guardó en su seno. Tengo su retrato junto con mis libros, es una fotografía tomada en los años 20, cuando ella usaba vestidos con flecos y bailaba el *charleston* con mi padre que usaba bastón y carrete. Y está rodeada de flores como corresponde a una muerta. Cuando veo esa fotografía, recuerdo que siempre me dijo que yo tenía ideas fijas. Si viviera, sabría que mi idea fija es desde hace muchos años: ella. “Si mi tía tuviera ruedas sería bicicleta, si estuviera llena de helio sería un zepelín”, así diría mi abuelo si me escuchara estas solemnidades mientras sacaba un habano de una caja con una etiqueta llena de historiadados garigoleos, y las escucharía, claro, si a su vez también viviera, porque él también está tres metros bajo la tierra y muy arriba de ella, si es cierto que existe el cielo que de niño me pintaron color azul de metileno. Otro de esos enormes cigarros puros debe de haber encendido el día en que mi madre anunció el feliz resultado de las “curaciones”, la cosa no era para menos, su hija consentida iba a darle un nieto, el nieto que no disfrutaría ya de la fortuna que el abuelo había dilapidado en los burdeles de Nuevo Orleans, gracias a lo cual mis padres no festejaron mi llegada al mundo con un viaje de Veracruz a Tampico en el *Orinoco*, como hubieran querido, pero que sí —a cambio de eso— go-



zaría del privilegio de tener un abuelo que nos enseñó cómo se portan los grandes señores venidos a menos. Para acompañar su cigarro puro y desbordar la copa de su felicidad, él, que tampoco viajó nunca en el *Orinoco*, pero que sí conoció el placer de navegar en el *Siboney* rumbo a la Babel de Hierro y las noches de luna en las que el nivel del alcohol en la sangre seguía el ritmo creciente de las mareas azules, en una copa de bacará se sirvió una generosa porción de coñac Empire. La cosa, repito, no era para menos, su hija consentida, la única entre todas que había heredado el cabello y los ojos de los antepasados moros que levantaron la Alhambra con espuma del Mediterráneo, le había dado un nieto después de cinco años de espera, porque dicho sea de paso, pasaron cinco desde que mi madre fue al altar de la iglesia de San Francisco con un vestido comprado en el *Chic Parisien*, hasta que el ave zancuda anunció mi llegada. Con esto se olvidaron algunos epítetos y cayeron al suelo algunas calumnias que a manera de ex-votos le habían colgado a mi madre. Epítetos, porque cuando menos tres de estos cinco años tuvo que soportar los sobrenombres de “Mula” y de “Yerma”, que le espetaban algunas de sus hermanas y un primo de mi padre que usaba colorete Tabú en las mejillas y, en los lóbulos auriculares, perfume Goyesca de Myrurgia. Calumnias porque las curaciones se mantuvieron en secreto entre ella, mi padre y una tía paterna, la cual llegaba a la casa una tarde sí y otra también para acompañarla al doctor. Se iban en un coche libre y regresaban al anochecer antes de que mi padre acabara de anotar los Debes y los Haberes en los grandes libros de la casa comercial francesa donde dejó su juventud y sus ilusiones, por lo que mis tías se imaginaban lo que no... Lo menos que dijeron es que se iban al cine a ver una tarde, *Los lanceros de Bengala* de Franchot Tone y otra *El Volga en llamas* de Daniel Darrieux, y lo más que se imaginaron, no estoy yo para contarlos ni nadie para oírlos... En fin, el caso es que yo vine al mundo, o el mundo vino a mí, una

tarde de un 1º de abril de 1935, el mismo día en que el crucero germano *Carles Ruge* llegaba a Acapulco y un día después de que la Beatriz Amelia Earhart anunciara que iba a volar de Nueva York a México.

Al igual que ella, y al igual que Lindberg, yo crucé solo el Atlántico llevado en vilo por la cigüeña de la que antes hablé; y que partió, no de París, sino de Brujas, de *Brujas la muerta*, la de Rodenbach, el libro que tantas veces leyó mi madre, quizá porque ella fue en vida la esposa muerta o, en otros tiempos, un cisne negro.

A mi abuelo, ente otras cosas, le debo la felicidad de haberme creído durante algunos dichosos años descendiente directo de Harhun Al Rashid, porque mi abuelo, según él me dijo un día, y esto era la verdad pura, pero no la verdad entera, nació en Bagdad. Cuando recuerdo a Francisco, mi abuelo materno, le doy las gracias por el sólo hecho de que venga a mi memoria para platicarme de nuevo cómo es que un día ganó un concurso de gordos en Nueva York, en los tiempos en que pesaba 130 kilos; cómo fue que un día se encontró a mi tío Felipe, su hijo, en un burdel; cómo fue que dilapidó su fortuna; y me olvido entonces de que Bagdad es también el nombre de un pueblecito del estado de Tamaulipas, donde nació mi abuelo... Lo mismo me pasa cuando recuerdo a mi abuela paterna, mujer gorda también si las hubo; cuando la recuerdo, recupero en parte mi tiempo perdido, recupero el olor a Heno de Pravia que trascendía en las manos de ella, de mi abuela, a quien de una vez por todas llamaré Lisandra, cuando me levantaba en sus brazos para besarme, algunos años antes de que yo conociera el nombre de ese jabón, y más años antes de que supiera que ese nombre, “Pravia”, era el de una villa de Ovie-

D. R. Fernando del Paso. Hallazgo de Paulina del Paso, revisión Héctor Iván González.

do, y no tenía nada que ver con los cerezos que crecen en los valles bañados por el Danubio; por cierto, y a propósito de ríos azules que nacen en selvas negras y mueren en mares negros, diré que a Lisandra le gustaba cargarme mientras movía los pedales de la pianola, viejo armatoste que se pasó la vida exhalando vales umbríos en cantidades navegables. Y no contenta con esto, como suele decirse, me contaba después por qué y cómo era posible que yo descendiera de los piratas que asolaron el Golfo. Sí, de los mismísimos bucaneros que sitiaron a Cartagena de Indias y de aquellos que desembarcaron en la Heroica Veracruz al mando de Lorencillo, capturaron a las mujeres de la aristocracia y se encerraron con ellas en el templo principal. De ahí, se dice, y así me lo decía Lisandra, salieron muchos niños con patente de contramarca, y cuando me lo decía, sus ojos azules —nunca en mi vida he visto dos ojos más azules—, se volvían tan transparentes como las aguas del Caribe, y en su fondo se podían contemplar los peces sapo y la enorme tortuga que colgaban de la pared del comedor. De ahí nació el amor que tuve por los piratas, el de otros niños nace de otras cosas, nace de los libros, por ejemplo, y, aunque yo también lloré con el Corsario Negro cuando se alejaba en su chalupa de las costas de Maracaibo, bordeadas de paletuvios, jurando colgar a Wan Guld de los penoles de un contrapapaigo, los libros de Salgari no hicieron sino alimentar una vieja nostalgia que traía yo en la sangre.

A propósito de libros diré que el primero que leí en mi vida fue las *1000 noches y una noche*. Mis padres me lo regalaron

cuando terminé el primer año en la escuela que llevaba el nombre de un mal poeta: Juan de Dios Peza. Fue tal la impresión que hicieron en mí las narraciones mágicas de Sherezada que durante muchos meses, quizás años, soñé que de grande iba yo a tener un palacio de amatistas y esmeraldas, de crisólitos y jacintos de Ceylán. Y aun antes de que conociera el secreto significado de las palabras exóticas que encantaban las páginas del libro, engastadas aquí y allá, comencé a utilizarlas para contarle a mis padres lo que yo tendría en mi palacio. Así que la frase “Allá en el palacio” se convirtió en el estribillo de todos los días, de todas las horas: Allá en el palacio, tendría yo un harem de esclavas circasianas con las uñas pintadas de aleña; Allá en el palacio, yo comería pollos rellenos con alfónsigos; Allá en el palacio, tendría yo un estanque rodeado de jazmines de Alepo. Hasta que mi padre un día me prohibió hablar de él para siempre, y sobre todo a la hora de la comida, que él aprovechaba para hojear los periódicos y hablar de la guerra. Curiosamente, él me contó algunos años después, y no por que tuviera nada que ver con el asunto del palacio, que cuando él era niño, su padre, les prohibió a él y a sus hermanos hablar de la guerra durante las comidas. Entonces era la guerra del '14 y los hermanos de mi padre se dividían en anglófilos y en germanófilos, de tal manera que se armaban grandes discusiones. Los alemanes perdieron importantes trincheras al norte de Beaumont-Hamel; los teutones fueron derrotados en Vichte, Bélgica, estas noticias amenizadas con alguna otra novedad local, como la invasión de la ciudad de



México por brujas cartomancianas, daban pie a esas discusiones, que comenzaban en la alta Alsacia cuando se servían las almejas en su jugo y acababan en la Mesopotamia, cuando se recogían los restos del pudín de zanahorias con estragón, hasta que un día mi abuelo perdió la paciencia y encontró la fórmula para que los comensales dejaran la guerra por la paz y que, como dije antes, fue una interdicción absoluta. “¡No se vuelve a hablar más de la guerra!”, dijo con el mismo tono autoritario con el que treinta años después mi padre me cerraría las puertas de la cava del palacio, de la antecámara del palacio, de la sumillería del palacio, y volviéndose hacia Lisandra añadió: “¿No quiere la señora ir a la *reprise* del conde de Luxemburgo, canta Emilia Leovalli?”. Al mismo tiempo que mi padre, volviéndose hacia mi madre, decía “Los norteamericanos derrotaron a los japoneses en el Midway, ayer comenzó la invasión de Sicilia”. Y al decir esto lo que en realidad hacía era completar aquella frase referente a la ofensiva sobre Verdún, que tuvo que tragarse mal de su grado junto con los *petits pois* en salsa de crema en Chablis, que también y tan bien sabía hacer Lisandra... Pero algún día yo tendré hijos, y entonces les diré cómo allá en mi palacio me servían alcarrazas con aguas de rosas, mientras la noche, como decía el poeta, cubría amorosamente a Damasco con sus alas.

Fui lo que se llama un niño enfermizo, primero porque tenía el hígado muy chico, luego porque tenía ronchas muy grandes, el caso es que pasé mi infancia entre medicinas y prohibiciones. Mi madre me decía: “No hables con la boca llena”; mi abuela me decía, “Coge el tenedor con la mano derecha”; mi tía me decía, “No le alces las faldas a tu prima”; mi papá me decía, “Acábate todos los ejotes”; mi otra abuela me decía, “No mastiques los dulces, que se te pican los dientes”; y un doctor que era muy grande y muy gordo, y que tenía en la muñeca derecha una esclava de oro tan gruesa como las cadenas con las que trajeron a América a los abuelos del Tío Tom, le decía a mi madre, “Que el niño no coma mango, que no coma huevo, que no coma chocolate, que no tome refrescos, que no se lleve *lunch* a la escuela...”, y mi madre me lo repetía con todas sus letras. Entonces, como dije antes, yo tenía el hígado muy chico, y por razones de moral, no me aplicaron el remedio más efectivo que yo me encargué de autorrecetarme a partir de los dieciséis años, y que fue beber alcohol en cantidades industriales. Luego vinieron las ronchas, me salían en los antebrazos grandes y sanguinolentas, los doctores diagnosticaron sarna, y ordenaron que todas las noches me bañaran con esponja, exprimiéndola y dejando caer un chorrito frío sobre el cuello, la espalda y el pecho. Era la época en que todos los niños de mi escuela iban con camisas de manga corta, yo usaba manga larga, yo era zurdo y los demás derechos, todos iban también con pantalones cortos, yo iba de pantalones largos porque me avergonzaba de mis piernas esqueléticas. Yo iba también de anteojos y era también el único niño que los usaba en toda la escuela. Uno se puede pelear con el primero que le diga “cuatro ojos”, o sacarle el mole al que por primera vez le diga a uno “ciego” o “poca luz”, pero no se puede uno pelear con toda la escuela, así que llegó un momento en el que tuve que resignarme a los apodos. Lo de las mangas cortas no duró mucho porque un día, unos meses después de que terminó la guerra, llegó el DDT a México, acabó con el soldadito de “Flit” y acabó con las chinches que había en la casa de mi abuela. Sobra decir que la sarna desapareció

junto con las chinches. Después de eso, comencé a quedarme jorobado, según mi madre, según mi abuela y según San Mateo, entonces me compraron una especie de chaleco de fuerza que me ponían debajo de la ropa. El chaleco duró menos de un mes porque amenacé con irme de la casa si me obligaban a usarlo un solo día más... Debo haberlo dicho muy serio, con toda la seriedad que es posible hacerlo a los diez años, porque al día siguiente, el carretón de la basura se llevó el chaleco. Por si fuera poco, entre maestros y progenitores me inventaron una enfermedad más, y no había transcurrido un año, cuando yo tenía que ir todas las tardes a un hospital de caridad a tomar baños de sol, porque, o estaba tuberculoso o casi lo estaba, o a mis pulmones les faltaba un grado, o algo por el estilo. Entre estas delicias pasé mi infancia condimentada desde luego con algunos pleitos familiares, varios locos en la familia, chismes y pequeñas miserias y una pobreza, o mejor dicho, una brujez, acentuada un poco porque mis tíos y mis primos eran ricos, y otro poco por los comentarios que escuchaba del no muy lejano pasado de mis abuelos, “Cuando tu abuelo Francisco era gobernador de Tamaulipas daba propinas de hasta \$50 de oro”, “Cuando tu otro abuelo, el papá de tu papá, era Director de Aduanas, antes de que Pancho Villa le quemara 100 mil pesos de algodón, y descubría por ejemplo un contrabando de champaña que traía el ferrocarril desde Veracruz, hacía que los trabajadores rompieran botella por botella contra los furgones, de manera que los furgones quedaban desde entonces bautizados con palabras malsonantes”.

Luego murió mi abuelo Francisco, murió de su bella muerte y fue el primer hombre muerto que vi, me regañaron cuando entré al cuarto donde acababa de morir, lo vi muy pálido, con la nariz aguileña apuntando a La Meca, y la calva sudorosa o aljofarada, como diría el poeta. A la mañana siguiente, mientras lo iban a enterrar al Panteón Francés de San Joaquín, modelé su cara en plastilina, recuerdo que se parecía mucho. Mi madre, como no queriendo la cosa, la puso un día arriba del ropero, allí donde daba el sol, para que se derritiera. Claro que no todo fue tan trágico como parece, también tuve mis ratos buenos, seguramente los tuve, estoy casi seguro, algún día tengo que recordarlos o inventarlos, pero no, no tengo que inventarlos.

Debo a mi prima Estefanía, cuya existencia pueden ustedes poner en duda, como se verá después, algunos de los más gratos recuerdos que tengo de mi infancia, pero ninguno o casi ninguno de ellos se salva de estar unido a una enfermedad, importante o no, alguna gripa de esas que merecían un baño de pies con mostaza y agua caliente, alguna fiebre, una afeción bronquial que ameritaba ser tatemado con antiflogistina, el sarampión por el que todos hemos pasado, en fin... El caso es que no hay mal que por bien no venga, como decían mis abuelas, y todas estas pequeñas tragedias estaban compensadas por los viajes de vacaciones que cada año hacíamos a Veracruz.

Recuerdo especialmente el primero. Mi padre siempre procuró que yo no me ilusionara en vano, y con ello pretendía alejarme del desasosiego que podía sentir frente a aquellas cosas que son posibles durante mucho tiempo, y que de pronto, un día, se desmoronan. Así, cuando quería comprarme un juguete, me lo decía hasta el momento que podía ponerlo en mis manos, como sucedió con el trenecito eléctrico, lo mismo cuando planeaba algún viaje, lo hacía en secreto con mi madre

cuando yo estaba dormido, y me lo revelaba hasta la víspera. Nunca tuvo en cuenta, o no se le ocurrió pensar que cuando se tienen tan pocos años adentro, un despertar en los anhelados jardines de Basora, vale más que diez alcázares arrasados por el malvado Carabel, por más que las frustraciones soterradas por un cúmulo de olvido, aflore en sus malsanos corolarios en un futuro incierto. Sin embargo, no le reprocho esa actitud, porque con ella, y gracias a la sorpresa que llevaba implícita, vi el cielo abierto, una noche en que una fiebre efímera parecía nublar la posibilidad de continuar al día siguiente mis juegos en el jardín. Mi madre, que sospechaba que la febrícula no era sino el resultado de la fatiga de esos juegos, se limitó a darme unos toques de yodo a la usanza de la familia, con una escobetilla empapada en el yodo, había que dibujar un gato en la planta de cada pie. Estaba yo sentado en la cama, con las piernas estiradas, listo para resistir el cosquilleo del pincel, cuando llegó mi padre. “Mañana salimos de viaje”, dijo mientras entraba a mi recámara, y se interrumpió cuando nos vio, mi madre le explicó que tenía un poco de calentura pero que era cosa sin importancia, y comenzó a pintar los gatos, “Si gano estos gatos, dijo, quiere decir que mañana vas a estar bien y que podemos salir de viaje”. “¿A dónde?”, pregunté yo. “Al mar”, contestó y, cuando ensartó los redondeles trazados en mis pies con dos certeras pinceladas, el olor del líquido oscuro vaticinó sargazos y ardentías. Así se inició uno de los viajes más bellos de mi vida, sorpresivo también, no tanto porque me enteré de él hasta el día anterior, sino porque iríamos con mi tío Estaban y con Estefanía, su hija, de cualquier manera, y es fácil imaginarlo, ya estaba previsto mi primer encuentro con el mar, el mar vislumbrado en una conversación con los mayores, el mar visto en todas sus dimensiones batientes en las láminas estereoscópicas, el mar escuchado en los múrices y en los turbantes nacarados que los reyes de Escandinavia montaban en plata para escanciar sus mostos y que mi abuela Lisandra destinaba a usos más pedestres, como era detener las puertas del antecomedor, había ya labrado anticipaciones. Lo mismo sucedió con el trenecito Lionel, cuando mi padre me lo dio, el tren ya había recorrido innumerables puentes de cristal en el jardín de los tréboles gigantes, pero lo que no pude prever y no imaginé, fue la posibilidad de que alguna vez Estefanía y yo hiciéramos juntos un viaje distinto de los viajes inacabados que emprendíamos todas las mañanas.

El recuerdo de mi prima Estefanía tiene mucho que ver con la casa de mis abuelos maternos, esta casa existe todavía en las calles de Orizaba, cuando mi abuelo tuvo el accidente que lo inutilizó y dejó de tomar parte en las luchas ferrocarrileras, senatoriales y gubernamentales, para comenzar a luchar contra la erisipela y la elefantiasis que prendieron en sus piernas, y su fortuna se hundió, coincidiendo sus últimos resplandores con el incendio de los pozos Maryweather y Morrison, que alguna vez, allá por la Guerra del '14, hicieron de Tampico un gran emporio petrolero, la vieja mansión se convirtió en una casa de huéspedes, esto sucedió antes de que yo naciera en la misma casa y viviera en ella por siete años, la recuerdo mucho, recuerdo el cuarto de mi abuelo que le servía de recámara, despacho, biblioteca y cuarto de juego al mismo tiempo, y recuerdo mucho también el cuarto de mi abuela Altagracia. Una de las paredes estaba llena de fotografías, es decir, dos terceras partes de la pared, porque en medio había un gran tocador de caoba, frente al cual pasaba Altagracia las horas

tratando de desvanecer las pequeñas cicatrices que tenía en la frente, y para esto, sobre la cubierta de mármol de Florencia del tocador, tenía una concha nácar en la que todos los días ponía unas gotas de zumo de limón fresco. Al lado derecho del tocador, estaban las fotografías de los muertos; estaba ahí el bisabuelo Ube, que había desertado de la guerra franco-prusiana luciendo por igual su calva y su leontina, y la bisabuela estaba a su lado con pedantís y un abanico valenciano, estaba ahí también mi tía Rosaura, quien se suicidó con barbitúricos en el cuarto de un hotel de mala nota por la muerte de su hija Enriqueta, a quien un ataque de peritonitis sorprendió en pleno baile de xv años, y que murió con el *corsage* de orquídeas puesto, cuando la ambulancia pasaba bajo los ciclamos dorados del bosque, y estaba ahí la propia Enriqueta y otros primos y tíos lejanos que nunca conocí. Del lado izquierdo del tocador estábamos los vivos, solamente el tío Alejandro que se fue a Alemania con toda su familia y, que después de los primeros bombardeos de Berlín, no volvimos a saber de él, estuvo un tiempo sobre el tocador, entre los vivos y los muertos. Hasta que un día, Altagracia amaneció de humor para vestir de luto y pasarlo al otro lado. Y entre los vivos —sobra decirlo— estaba también mi prima Estefanía. Todas las tardes, Altagracia se encerraba en el cuarto para rezar por los muertos y hablar con los vivos, y aquella tarde seguramente también estaría haciéndolo. A los muertos los encomendaba con sus santos correspondientes y a los vivos les decía todas las cosas imaginables, lo mismo aquellas que podía decirles frente a frente, como otras que la urbanidad ponía en entredicho; “Austin, no beba usted tanto”, le decía a su yerno, esposo de la mayor de sus hijas, y que era un diplomático inglés que bebía whisky, lo que se llama “beber de importancia”, cuando el whisky casi no se conocía en México; “Francisco, no fumes tanto puro, que cuando lavo tus camisas junto con mis crinolinas, mis crinolinas se apestan a nicociana”, le decía a mi abuelo; “Y tú, me decía a mí, y tú, Estefanía, no jueguen tanto juntos, que los niños deben jugar con los niños, y las niñas con las niñas”, y esta frase, que tantas veces había salido de su boca olorosa a manzanas agrias, no tardaría en ser repetida una vez más si se le ocurriera interrumpir su monólogo y entrar al cuarto de mis padres a donde yo había llevado a mi prima para que entre los dos, y mientras caía la lluvia, tramáramos una nueva aventura. Yo, que entonces todavía tenía los cabellos tan rubios que Lisandra me decía: “Eres un sol de Castilla”, y mi prima Estefanía, que entonces y siempre tuvo los ojos azules... si recuerdo tanto el azul de metileno, el azul de los ojos de mi abuela donde nadaban los pejerreyes, el azul de la bata que tenía puesta mi madre la noche en que el rey Carol, de Rumania, surcaba el cielo de la ciudad en un avión de la Flota de Plata, y otros azules que ya vendrán, como aquel de los vitrales de la iglesia de la Santa Expiración, donde Estefanía y yo nos juramos amor eterno, y el azul de la vena cava superior, que latía muy cerca de su cuello de albatros, y la eritrosina azulada que sirve para colorear los erizos de mar, no es porque el azul sea el color de mi signo, de mis recuerdos o de mis armas. Azules eran también los ojos de mi prima; mi prima bajo un sicomoro, mi prima bajo un safrán, mi prima bajo un ciprés calvo de los pantanos, con las manos llenas de piñas color azul pálido y forradas de musgo. Así la recuerdo o, mejor dicho, es el recuerdo más cercano que tengo de ella, porque el más lejano es muy distinto y tiene que ver con todos los colo-

res del mundo. He vivido con los ojos muy abiertos para los colores, cuando me ponía saliva en las pestañas veía caballitos de color de malvasía, una vez descubrí que un pedazo de arcoíris se había caído en un charco y se estaba derritiendo. Recuerdo el amarillo de Orleans que mi abuela usaba para colorear sus pasteles y la violeta de genciana con que me daban toques en las amígdalas, pero cuando recuerdo a mi prima, mi prima bajo un saúco, se me vienen todos los colores juntos. En sobres de papel de plata por fuera y negros por dentro, guardaba mi madre las pruebas en papel *soleum* de algunas fotografías, eran fotografías rojas, que se iban oscureciendo, y que había que ver muy de vez en cuando, cada vez que salían, perdían un poco de su tersura y de su luz. Así también son algunas cosas que cada vez que se recuerdan se van oscureciendo. Cuando tuve sarampión, mi madre puso un foco rojo en mi cuarto y cubrió los vidrios de la ventana con papel celofán de color encendido, yo estaba llorando porque creí que nunca más iba a ver a mi prima, y seguí llorando aunque mi abuela Lisandra llegaba todos los días a verme, y me llevaba turrón de guirlache y compota de ananás, claro que una mañana, mi madre cambió el foco y quitó el celofán y yo salí a jugar.

Una tarde, mi prima y yo nos quedamos solos en casa de mis abuelos, solos digo, porque la abuela Altagracia estaría ocupada con sus monólogos; y el abuelo estaría entretenido jugando un solitario con su baraja española encerrado en su recámara; y Flavia, la sirvienta, estaría en la cocina ocupada en hacer mayonesa; y Rico, el jardinero, estaría sembrando en el jardín cordoncillos de San Francisco; y mi prima y yo estábamos solos en el cuarto de mis padres. Habíamos jugado toda la tarde con los polacos aquellos que estaban de huéspedes en la casa, y que se tuvieron que ir porque no pudieron pagar el

alquiler. En esto Altagracia era inflexible, desde que pintó con sus propias manos, esas manos que el reumatismo había inutilizado y que nunca más tocaría la "Apasionata" tan bien y tan sentidamente como cuando estaba en el convento de las Clarisas, el letrero que decía: "Se rentan cuartos", decidió que dos cosas no toleraría jamás, ni ramerías ni inquilinos que no pagaran. Así que la polaca y sus dos hijos tuvieron que desalojar. "Yo nací en Ostroleka", decía el polaquito, que siempre andaba con los calcetines caídos y una boina descolorida, y nosotros le decíamos, "¿Ostro qué?, ¿Ostro-loca?" y él seguía con "Ostroleka", y nosotros con "Ostroloca", hasta que lo hacíamos llorar y decir groserías, en un idioma que era como hablar con la boca llena de pralinés, pero luego lo contentábamos y jugábamos con él a las escondidillas. Él se ponía en un rincón con los ojos cerrados y mi prima y yo nos metíamos al cuarto de mi madre, a donde él tenía prohibido entrar. Cuando había contado hasta cincuenta en voz alta y en español con grandes trabajos, nos buscaba por el jardín, en el cenador emparrado, en el garaje tras la cortinas de lona a rayas verdes y naranjas, en el coche abandonado, en el corredor de arriba, entre las macetas de geranios, en el clóset de la cocina, lleno de loza de Talavera, y donde vivía el diablo, y en las escaleras de caracol que llevaban a la azotea, y en la misma azotea. Ahí se olvidaba de nosotros y se asomaba hacia la calle, veía las fuentes del parque, los prados con panalillo morado, y recordaba los campos de su tierra, nosotros también nos olvidábamos de él. Quién sabe dónde estará ahora ese polaco, ese compañero dulce de esos años y su hermanita, siempre con los mocos escurridos y los ojos muy asustados y muy azules, como si se le hubieran llenado de tanta agua como vieron cuando venía para América. Es curioso hablar así, es curioso





decir que jugábamos al escondite, que nos íbamos a la recámara de mamá, que el polaco se iba a la azotea y se quedaba ahí, de tal manera que parece que muchas veces sucedió lo mismo exactamente, y en verdad quizá sólo pasó una vez, pero como las cosas suceden tantas veces como se las recuerda; las manos de mi prima abriendo el costurero de mi madre lo abrirán muchas veces más, miles de veces, no sólo hasta que yo me muera y se muera ella, sino hasta que no haya nadie a quien le cuente esto.

Seguro que mi tía y mi madre llegarían tarde, cuando se ponían sombreros con revuelos de organza y guantes que olían a naftalina, era que se iban al centro de la ciudad. Mi tía a comprar telas, libros para mi prima, algún prendedor con aguas marinas; mi madre a comprar camisetas, medias brasileñas que estaban de barata o hilos mermerizados, como los que ahora estábamos viendo ahí, dentro del costurero de mimbre pintado de azul añil, hilos gruesos y lazas de todos los colores con los que mi madre bordaba para los manteles del antecomedor, fruteros de los que se desbordaban las uvas moscatel, y para las fundas de los almohadones, *bouquets* de flores tan extrañas que sólo existían en esos libros que mi tía compraba para mi prima, sistinas y lirios de San Bruno que crecían en las nevadas cumbres de los Alpes. Lo mismo también es muy posible que a través de recuerdos, se pierdan las dimensiones de la verdad, y que a eso se deba que cuando quiero recordar la aventura de los hilos, la habitación de mi madre se me presente como un verdadero laberinto de hilazas multicolores que se entrecruzaban tendiendo puentes brillantes entre los objetos más extraños entre sí, un hilo color cinabrio iba de mi madre vestida de novia y llegaba a Genoveva de Brabante; otro de color ciruela, iba de la pata cabriola de un sillón al elefante de un pebetero; uno más acaparrosado partía del grabado en sepia de la plaza mayor y llegaba hasta un campo de tulipanes y molinos de viento bordados en puntos de cruz, y otro, tal vez

azul cielo, iba de las manos de mi prima hasta el pasador de cristales biselados, desde donde el polaquito veía cómo Estefanía y yo desenredábamos nuestros sueños infantiles y jugábamos a pasar bajo el puente rojo sin tocarlo, o a brincar el puente verde sin tocarlo. Y digo desenredar pero digo mal, porque creo que con esa travesura de la tarde lluviosa, Estefanía y yo comenzamos a complicar nuestras vidas, a enredarlas de tal manera que después no podríamos separarlas sin que se rompieran dolorosamente los lazos que nos unieron tantos años, y tan es así que hoy, para acercarme a los distintos recuerdos que tengo de ella, debo siempre retomar el hilo de un color que me conduzca por el laberinto de la memoria; de tal manera, que si me voy por un camino de color blanco, llego al blanco de la nieve que cayó en lluvia de plumas una noche de mil novecientos treinta y tantos cuando festejábamos el cumpleaños de Estefanía, en el comedor de Altagracia, a la luz de la lámpara imperial, y al blanco de la sal que Estefanía y yo echábamos a las babosas que salían de los grifos, y a los caracoles del jardín para ver cómo se morían retorciéndose; y si me voy por el camino del rojo, llego a los tulipanes africanos que florecían por el mes de junio en la casa de campo que unos tíos paternos de Estefanía tenían en Cuernavaca, y llego a las manzanas *starking*, que en el mes de agosto la madre de Estefanía compraba en el Parián, y llego como siempre al cuarto rojo del sarampión.

Como no hay mal que dure cien años, y mucho menos la infancia, de pronto tuve trece años y el mundo comenzó a cambiar, para decirlo en lenguaje familiar, diré que di el “estirón” y embarnecí, al mismo tiempo engrosaron mis cuerdas bucales y resultó que yo tenía una de las voces más graves de la escuela. Era la Secundaria Diurna Número 14 donde aprendí a ser distinto y donde aprendí que podía alcanzar cualquier cosa que me propusiera pese a lo que un día me dijo mi madre: “Nunca acabarás nada en tu vida”. Cuando yo tenía esa edad,

cuando yo tenía trece años hacía muchas cosas; cuando yo tenía trece años vivía en las calles de Orizaba en un departamento pequeño y oscuro, cuando yo tenía trece años, jugaba por las calles *baseball* a un lado del estadio nacional, en el parque de la Piedad, con la secreta esperanza de que al anochecer, el parque se poblara de lechuzas y las calaveras affloraran a la tierra. Mi padre me había contado que en sus tiempos, eso sucedía en ese mismo parque. Cuando yo tenía trece años tuve una novia judía con la que iba a las matinées del cine Royal, y la tuve hasta que un día sus paisanos me pusieron una paliza, entonces la pandilla nuestra apedreó la sinagoga de las calles de Mérida.

Cuando yo tenía trece años, escribía yo una novela, escribí ciento setentaicinco páginas a base de manguillo y tintero con tinta color café, y esta novela sucedía en Yugoslavia, el personaje principal se llamaba Lazlo. Lazlo tenía una amante que se llamaba Paula, porque así se llamaba la heroína de una película que se me ha olvidado. Lazlo bebía a granel tarros de cerveza espumosa, de una cerveza dorada como el oro mismo de los recuerdos. Lazlo comía paprika, porque entonces yo pensaba que la paprika era algo así como un platillo nacional de Yugoslavia. Y Lazlo era un militar que iba a la guerra y dejaba a Paula embarazada. Un día, un desafortunado día, tiré la novela a la basura, no he vuelto a tener noticias de ella.

Cuando yo tenía trece años, pintaba, pintaba yo un cuadro con unas vacas y un calendario que anunciaba los trajes de Salvador Arciniega, o pintaba yo a los tres reyes magos, Melchor era el rey negro, porque mi mamá alguna vez que me dio sus nombres, se equivocó, y me dijo que Melchor era el negro. Nadie después de eso ha podido convencerme de lo contrario. Cuando yo tenía trece años quería ser muy rico para poder viajar por todo Egipto, conocer la esfinge y seguir el curso del Nilo hasta sus orígenes. Un día, al hojear el *Pequeño Larousse Ilustrado*, me enteré que al monte Everest lo llamaban también “Gaurieshankar”, y entonces compuse un poema al Gaurieshankar en el que le pronosticaba que yo sería el conquistador de su cumbre virgen. Entonces también soñaba con visitar Persia y Afganistán, con caminar desde Alaska hasta la Tierra del Fuego, con viajar en el ferrocarril transiberiano, que iba y que va todavía de Moscú a Vladivostok.

Cuando yo tenía trece años hice también un poema a Napoleón Bonaparte, y un maestro me dijo que primero debía yo saber mejor quién había sido Napoleón Bonaparte y después hacer el poema si es que aún me quedaban ganas de hacerlo. Porque tener trece años es eso, es vivir en una época, en la que no acaba uno de salir de nada, y no empieza uno a entrar en nada. Tener trece años es no salir aún de Amado Nervo, de su amada inmóvil, su raza de bronce y sus cuatro coroneles, y no llegar todavía a Saint-John Perse, a sus puertas abiertas sobre las arenas, a sus potros que nacen bajo las hojas de cobre, a sus axilas que son salazón de rosas. Tener trece años es no salir aún de José María Velasco y su mágico *Puente de Metlac*, donde corren los trenes de López Velarde, y de sus bailes y sus Citlaltépetls; y no abrir todavía las ventanas de André Dérain sobre el puerto catalán de Collioure, en la costa roja del Mediterráneo; es no salir aún de un Clausell y no llegar todavía al *Antipapa* de Max Ernst, al *Cementerio árabe*, de Kandinsky, y al *Homenaje a Mozart* de Raoul Dufy.

Tener trece años es no salir aún de los soldados de plomo, que en el jardín de la casa de nuestros abuelos, entre naranjos y brevas, cenadores emparrados y sardineles carcomidos, re-

presentaban la ofensiva del Cáucaso, cuando los días del III Reich estaban contados, y era no llegar todavía a Corea y a Vietnam. Tener trece años, amigo Gerardo, amigo Barcala, Madeira y amigos todos los que vivieron conmigo en *La Casa de la Troya*, es no salir aún del rito del placer solitario y entretido con sueños e ilusiones, y celebrado en honor de una corista del Tívoli, o de una prima de ojos azules, y no llegar aún con las prostitutas de las Vizcaínas. Tener trece años era todo eso, era no haber salido aún de *Poeta y campesino*, y no haber llegado todavía, a pesar de nuestra primavera, a *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, o al *Amor por tres naranjas* de Prokófiev pero no está mal eso, no estuvo mal, alguna vez, porque tuvimos elementos para construir un pequeño mundo romántico, que es como un trasfondo luminoso que a veces se deja ver, por las resquebrajaduras del alma.

Un día, a los quince años, entré a trabajar a un banco, otro día, otros muchos días nos fuimos a un cabaret de Fray Servando Teresa de Mier, aprendimos ahí a libar una cerveza de un jalón, sin respirar, sosteniendo la botella con los dientes, y de ahí nos fuimos a las casas *non sanctas* de la calle de Aranda, llegábamos después de haber oído la Obertura de *Caballería rusticana*, en el cabaret de Fray Servando, con la sangre hirviendo en los vapores espirituosos del habanero y la cerveza y con la boca llena de las golondrinas de Becker, las pasionarias de Manuel M. Flores, y los alabastros de Efrén Rebolledo, para regarlos como margaritas a los cerdos, a las flores de fango que cantó Vargas Vila, entre fragores de espuma y murmullos de pájaros que se hunden en el crepúsculo de pompas feéricas. Nos examinaban bien las muchachas aquellas, nos daban el *nihil obstat* y nos hacían el amor, porque en aquellos días, nosotros casi no sabíamos hacerlo, y a veces, después de *aquello*, como dirían nuestros padres, abuelos y otras generaciones perdidas, aquellas horribles y dulces hetairas, aquellas bellas y amargas meretrices, nos lavaban las partes pudendas con la ayuda de una palangana blanca con crisantemas doradas en el fondo. Nunca había tiempo de nada, nunca había tiempo de decirles palabras bellas, de amarlas después del amor, de que nos revelaran los misterios del acto ininterrumpido, pero un poco menos niños, un poco más hombres, salimos del burdel los que teníamos trece años, catorce, quince y dieciséis, a la frescura de la noche. Y ahí estaba el viejo edificio del Buen Tono anunciando las marcas de los cigarros Reina Victoria, Caprichos, Alfonso XIII, y nosotros, por no dejar, encendíamos un cigarro, un Vermont de tabacos Virginia, Turco, y Burley, que nos envolvía en el aroma del jardín de Alá, y bebíamos los vientos. Pasábamos junto a unos papeleritos cubiertos con periódico, donde aparecían las *Memorias* de Goebels o la celebración en el Orange Bowl del advenimiento de la pascua, una joven rubia le ofrecía al mundo un ramo de lirios, Andrea Palma hacía el papel de Margarita Gautier en el Fábregas, exhibían las *Viudas del Jazz* en el Cine AC, Mandrake contaba la historia del príncipe que nunca sonrió, y en el restaurante Embassy los aspirantes a suplentes de diputados se reunían a comer, por diez pesos, pechuga de pollo “Janette” y *cassata* napolitana. Allá lejos, quedaban las ventanas rojas del burdel, la música de la sinfonola a cuyo compás, “Perfidia” o “Tango azul”, habíamos hecho el amor invocando, traicionando y poseyendo al mismo tiempo a nuestra novia Santa, por quien todo lo daríamos, por quien lo seríamos todo o por quien dejaríamos de serlo.

Quise después estudiar Medicina, no lo hice porque conocí a la que ahora es mi esposa y preferí casarme que seguir estudiando, ya que no podía hacer las dos cosas a la vez. No me arrepiento. A ella le debo el no haber estudiado medicina, a cambio, a ella le debo haber escrito *José Trigo*, he sido muy feliz con ella y con nuestros tres hijos. Para mantenerme, entré a trabajar en una agencia de publicidad, y llevo ya trece años en ese negocio, hay trabajos mejores, pero también los hay peores. En la publicidad he aprendido muchas cosas y he conocido a grandes amigos, no voy a citarlos ni a ellos, ni a los amigos que tengo desde siempre, ellos saben quiénes son. Sí tengo, en cambio, que nombrar a tres personas, tres amigos a quienes debo haberme hecho escritor, son Antonio Montaña, José de la Colina y Juan José Arreola, nunca se los perdonaré lo suficiente. Viví tranquilo e idiotizado de los dieciséis a los veintidós años, hasta el día que Antonio Montaña llegó a la empresa publicitaria, donde yo trabajaba, con un libro de Paul Valéry bajo el brazo, *El alma y la danza*. A partir de ese momento —y creo que para siempre— mi vida se transformó, dio el cambio y se llenó de angustia. Me angustio porque no puedo leer, escribir y aprender idiomas en el grado en que yo quisiera, me angustio cuando algo que escribo sale mal, porque pienso que ya no tengo nada que decir, o no sé cómo decirlo, me angustio cuando creo que algo sale bien, porque pienso que he llegado a un límite y no podré superarlo. Me angustia que elogien mi libro, me angustia que lo critiquen, me angustia que no se hable de él, me angustia angustiarme, y desde luego me angustian muchas cosas más que suceden en el mundo, fuera de mi órbita y de mis fuerzas, porque comenzar a darse cuenta cabal de que se es ser pensante, implica tomar conciencia de muchas cosas.

A los dos años de la aparición de Antonio Montaña, publiqué los *Sonetos de amor y de lo diario* en los Cuadernos del Unicornio, dirigidos por Juan José Arreola, y comencé a escribir *José Trigo*. Mi vida giró alrededor de *José Trigo* durante siete años, durante los cuales me sucedieron muchas cosas, y entre ellas una que vendría a revivir los recuerdos de la infancia. Me salió nada menos y nada más que un tumor canceroso, me radiaron durante siete meses con cobalto, y los médicos me sugirieron que arreglara mis cosas (¿cuáles cosas?), por si a la calaca se le ocurría llevarme en unos meses, de esto hace ya cinco años. Estoy dado de alta y ya no me queda ni siquiera el consuelo de chantajear moralmente a mis amigos y a mis parientes.

Del éxito de *José Trigo* no puedo quejarme, se ha agotado ya la primera edición, ganó el Premio Villaurrutia y si no gana otro premio, alguno de ustedes sabe cuál, y el Instituto de Bellas Artes también lo sabe, no fue porque le faltaran méritos, sino porque así es la vida, según conocido refrán. Y si esto suena a poca modestia, pido excusas, pero no me retracto. *José Trigo* ha sido amplia y positivamente criticado en toda América; se han traducido algunos trozos al sueco, y varias editoriales europeas han solicitado la opción para publicarlo, el problema, claro, por el carácter del libro, es la traducción y piden que se haga en México, tal vez algún día se hará.

Se supone que éste es un momento oportuno para hablar de autores favoritos, influencias y cosas por el estilo, creo que es muy difícil hacerlo en unas cuantas líneas, sería una lista muy larga y con todo habría omisiones, pero por otra parte no podría dejar de mencionar algunos autores que son los más

cercanos, como Faulkner, Joyce, Dos Passos, Joseph Conrad, Carpentier, Flaubert, Thomas Wolf, Juan Rulfo, Cortázar, quizás Carlos Fuentes, quizás muchos otros que ahora excluyo de entre aquellos que considero los más obvios, y que algún día, cuando aprenda a sentir a *José Trigo* de más lejos, o cuando un segundo libro establezca un contraste con él, reconoceré y agradeceré. Es posible que una relectura de varios de los autores que me entusiasmaron, hace ocho o nueve años, me descubriría un mundo insospechado de influencias, “inspiraciones” y tal vez plagios inconscientes.

El Departamento de Literatura de Bellas Artes ha pedido a todos los que participan en el ciclo “Los narradores ante el público” que después de hablar sobre su vida, lean algunas páginas de lo que actualmente escriben, no voy a hacer esto último porque entre todo lo que han escuchado ustedes, y como tal vez se habrán dado cuenta, he incluido páginas y trozos de capítulos de la novela que estoy preparando, los he incluido porque esta novela es en parte autobiográfica, tiene también mucho de ficción, desde luego, pero se trata siempre de una ficción engendrada por una realidad que viví, de obra o de pensamiento, de hecho o de ilusiones. En esta novela no me limito a contar lo que fue mi vida y la vida de los seres más cercanos a mí, cuento también, contaré lo que quise que fuera mi vida, hasta el momento o desde el momento en que la maravillosa aparición del azar en lo que escribo y cuento, haga que me olvide de mí mismo, y que comience a contar lo que quiero que haya sido, y sea la vida de mi personaje y de los seres que lo rodean. Algo de esto he logrado ya. En realidad mi abuelo materno no se llamó Francisco, pero sí nació en Bagdad. Mi abuela paterna no se llamó Lisandra y no tocaba la pianola, pero sí tenía los ojos azules y sí me hablaba de los piratas del Golfo. Y nunca tuve una prima que se llamara Estefanía, pero me hubiera gustado tenerla.

La realidad y la ficción de lo que les he leído, no comienza y no termina en ninguna parte, están integradas en una nueva y distinta verdad, en mi verdad; cualquier semejanza que exista entre los personajes de esta segunda novela y las personas de la vida real, es una coincidencia, una inevitable coincidencia. Es posible que termine este segundo libro dentro de algunos años, tres o veinte, es posible también que nunca lo termine. Quiero no sólo tener, sino pregonar la única otra libertad de que puedo disfrutar, la libertad de no hacer, la libertad de no escribir, y digo la única otra libertad, porque aparte de ella no tengo otra sino aquélla que quizá algún día me permitirá elegir la hora y la forma de mi muerte, ya que no he elegido ninguna otra cosa más en mi vida. Como a ustedes, todo me ha sido dado, sin preguntarme. Escribir, lo he dicho ya antes, ha sido para mí más una angustia que un placer, ahora que me he dado cuenta cabal de esto, quiero dejar de escribir por algún tiempo o por todo el tiempo. Reanudaré lo que he comenzado, si lo reanudo algún día, en el momento en el que yo sienta que escribir no es más una condena, sino una liberación. Pienso que no tengo, como artista, ninguna obligación con nadie mientras no me demuestren lo contrario; como no he vivido de la literatura, sino que más bien he vivido para ella, necesitaría, por ejemplo, que me dieran una beca, o que me prohiciera un mecenas, o que una editorial me pagara un sueldo alto para sentirme obligado a escribir. Como nada de esto ha sucedido, y es muy difícil que suceda, sigo reservándome la literatura, el hecho de escribir, como un privilegio y no



como una obligación. Mis obligaciones, creo, son otras y por lo general, más inmediatas, por ejemplo, acepté dar esta conferencia, y desde ese momento me obligué a hacer un esfuerzo para satisfacer a todos aquellos que han acudido aquí, que han hecho, a su vez, un esfuerzo por venir y escucharme, para ellos, para todos ustedes, he hecho lo posible. He puesto toda mi voluntad, y mi mayor respeto, espero no haberlos defraudado. Sin embargo, no creo que haya nadie, ni aquí ni en el mundo, con el que yo pueda considerarme obligado a escribir un cuento más o una novela. No creo que haya nadie que pueda, o que desee quitarme el derecho que significa para mí tomar la literatura, no como un deber, sino como un deleite, y en última instancia, el derecho de abandonarla para siempre.

Sé que en el mundillo literario que padecemos, cuando un autor ha publicado uno o dos libros considerados de cierto valor, y no vuelve a escribir, no falta quien diga de él que “es una lástima, con el talento que tiene, seguramente su obra anterior le pesa demasiado”, “posiblemente cree que no puede superarla”, a los que así dicen, o tal vez digan, quiero a mi vez, decirles algo: No existe el pintor que tuvo talento para hacerlo, y no lo fue por pereza o mala suerte. No existe el escritor que tuvo el talento para hacer otro segundo buen libro, y no lo hizo porque lo hundió el elogio o la crítica. El talento es más que la capacidad o la vocación para hacer las cosas; el talento es principalmente voluntad y soberbia y, más que nada, fatalidad. Si yo no llego a hacer otro libro nunca más, no será porque no quise, por desidia o porque *José Trigo* me hundió, será simplemente porque no tuve el talento necesario; talento entendido más como voluntad de realización a pesar de todo, que como una vocación o un carisma gracias a algo, y voluntad de realización por encima de algunas consideraciones elementales, de la realidad en que vivimos, y particularmente de aquellas que nos enseñan que podemos dejar de vi-

vir en cualquier momento. Dicho en otras palabras, no tengo el temor de dejar de escribir seis meses o veinte años si así lo siento y lo necesito, pensando que una muerte inesperada dejaría un segundo libro inconcluso o aún no comenzado. Después de todo, la muerte es siempre inesperada, si yo pensara así, no hubiera escrito nada jamás. Pero no soy una excepción y como todos los hombres, o casi todos, acostumbro a actuar como si fuera a vivir mil años.

Dije antes que creo no tener ninguna obligación como artista, dije mal, tengo una y conmigo mismo: darle significación a mi vida cuando escribir sea significativa para mí. Por otra parte, y como ser humano y pensante, considero que tengo muchas otras obligaciones, y que estoy en deuda con muchas personas y cosas. Espero tener oportunidad de cumplir con esas obligaciones y tratar de saldar algunas de esas deudas por medio del oficio de escritor, sí, pero de un oficio despojado de su torre de marfil, y aplicado, tal vez en la forma de periodismo o de publicidad, a objetivos más cercanos y sobre todo más dignos.

No me tocó en vida ser un combatiente de la República Española, no me tocó alfabetizar a nadie en la Sierra Maestra, no soy guerrillero en Bolivia, ni estudiante en París. Soy en cambio un escritor hasta ahora de un solo libro y un publicista bien pagado, pero creo en un mundo mejor, que acabe para siempre con toda clase de imperialismos, discriminación racial y miseria. Y creo también que el día en que en este país en el que nací y vivo, llegue la oportunidad, y se reúna las condiciones para instaurar un socialismo justo, estaré a la altura de las circunstancias, procuraré estarlo con toda mi alma y sabré aplicar mi vida a mejores causas. Sé que nos espera una tarea difícil, pero no imposible.